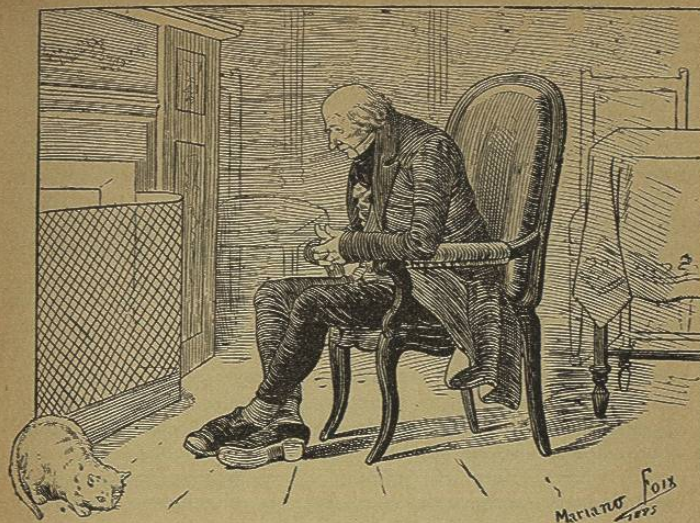
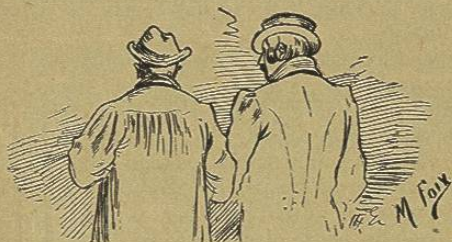


Plornish, que no encontraba la palabra, optó por dejar la frese sin concluir; guardóse en el bolsillo la tarjeta que le daba Clennam, y aceptó una gratificación pecuniaria.

Plornish manifestaba deseos de cumplir cuanto antes su encargo; y Clennam, que aprobaba aquella actividad, acompañóle hasta la puerta de la prisión por deudas.



### CAPITULO XIII

#### Patriarcal

Reavivó el nombre de Casby, en la memoria de Clennam, una chispa de curiosidad y de interés, que la señora Flintwinch había excitado ya la noche que llegó á su casa. Flora Casby fué su amada en la adolescencia, y era hija única del anciano Cristóbal *Cabeza de Palo*, mote que le habían aplicado irreverentemente algunas personas con quienes tuvo ciertos negocios. El señor Casby gozaba fama de rico, y de sacar hasta de las piedras más aceite del que le era necesario para alimentar la lámpara de su existencia.

Después de perder algunos días en investigaciones y diligencias, Arturo Clennam se convenció de que la situación del padre de la Mariscalía era desesperada, y por lo tanto hubo de renunciar, bien á pesar suyo, al proyecto de proporcionarle la libertad. Tampoco esperaba poder hacer por el pronto cosa alguna en favor de la niña Dórrit; pero pensó que, renovando sus relaciones con el señor Casby tal vez hallaría medio de ser útil á su pequeña amiga.

Animado de tan buena intención hallóse un día á la esquina de la calle donde vivía el señor Casby, en el camino de Gray's Inn, calle larguísima que después de cruzar el valle de



este nombre remontábase hasta la cumbre de la colina de Pentonville.

«La casa, pensó Clennam, cuando se acercaba á la puerta, ha cambiado tan poco como la de mi madre, y parece igualmente triste; pero la semejanza cesa cuando se ha franqueado la entrada. Conozco la pacífica gravedad que reina en el interior, y creo percibir ya el olor de los frascos de lavanda y de las hojas secas de rosa.»

Cuando hubo llamado á la puerta, dando un golpe con el reluciente aldabón, y le abrió la criada, saludáronle ya los perfumes que esperaba, aunque algo debilitados, como una brisa de invierno que aún conservase vago recuerdo de la pasada primavera. Arturo penetró en aquella mansión tranquila, silenciosa, herméticamente cerrada, donde no se percibía el menor ruido, ni aun del exterior. El mueblaje era escogido, severo como un cuáquero, y su aspecto tan agradable como puede serlo toda cosa, hombre ó taburete, destinada desde un principio á servir mucho, pero que en realidad sirve muy poco. En la escalera veíase un grave horario, que dejaba oír su continuo tic-tac, y más allá un pájaro hartamente para cantar, pero que en cambio daba picotazos en los alambres de su jaula con singular regularidad, cual si quisiera llevar el compás con la péndola del reloj.

La criada había anunciado en voz tan baja al señor Arturo Clennam, que su amo no la oyó; de modo que el visitante permaneció en pie sin ser visto junto á la puerta, que se acababa de cerrar. Junto á la chimenea vió, sentado en un sillón, á un anciano que se entretenía en dar vueltas á los pulgares uno alrededor del otro; sus cejas grises, su espaciosa calva, circuida de largos mechones que el tiempo había blanqueado, su sereno mirar y su tranquilo continente, comunicábanle un aspecto verdaderamente venerable. Aquel era el anciano Cristóbal Casby, fácil de reconocer á primera vista, pues en el espacio de veinte años había cambiado tan poco, como los sólidos muebles que le rodeaban.

En la pared opuesta veíase una pintura que representaba un muchacho de diez años, pero á primera vista se hubiera podido reconocer que era el mismo Cristóbal Casby cuando niño; aunque uno se lo figurara sentado en un banco de césped lleno de violetas, sumido en una contemplación precoz á la vista del reloj del pueblo, la expresión de su fisonomía, su tersa frente y su mirada serena, conservábanse en el anciano Casby allí sentado; en el sér seráfico que meditaba, desca-

bríanse los rudimentos incontestables del patriarca de aquella mansión.

Muchas personas, y en particular algunas viejas de la vecindad, habían puesto un mote al buen Casby; llamábanle el *Último Patriarca*. ¿Qué título más adecuado hubieran podido encontrar para aquel hombre tan viejo, tan cachazudo, tan pacífico, tan sereno, y cuya cabeza presentaba tan venerables protuberancias? Algunos filántropos de ambos sexos preguntaban á veces quién era aquel anciano, y cuando se les contestaba: «Cristóbal Casby, antiguo agente de negocios de lord Decimus Tito Barnacle,» exclamaban con desesperación: «¡Oh! ¿por qué con esa cabeza no habrá preferido ser bienhechor de sus semejantes, padre del huérfano y amigo de los desgraciados?» Sin embargo, Cristóbal Casby estaba muy satisfecho de su cabeza, y con ella le encontró Arturo muy tranquilo en su silencioso salón.

Para que el anciano echase de ver que estaba allí, Clennam se adelantó algunos pasos.

—Dispense usted—dijo,—temo que no haya usted oído cuando me anunciaron.

—En efecto, caballero—repuso el anciano,—no había oído nada. ¿Desea usted hablarme?

—Quisiera ofrecer á usted mis respetos.

Esta contestación contrarió al parecer ligeramente al señor Casby, quien sin duda esperaba que el visitante le ofreciera algo más substancial.

—Tome usted asiento, caballero—le dijo.—no sé si tendré el gusto de conocer... ¡Ah! sí; creo que sí... paréceme reconocer esas facciones. Presumo que es usted el caballero cuyo regreso me anunció el señor Flintwinch.

—Sí, señor Casby, soy el mismo de quien usted habla.

—¿El señor Clennam?

—En persona, señor Casby.

—Caballero Clennam, tengo sumo placer en verle. ¿Cómo le ha ido desde que no nos vemos?

Arturo Clennam, juzgando inútil explicar que en el intervalo de unos veinticinco años transcurridos desde que se vieron la última vez, había sufrido muchas contrariedades, tanto moral como físicamente, contestó de un modo vago, limitándose á decir que nunca había estado tan bueno, mientras estrechaba la mano del dueño de aquella mansión á la luz de su aureola patriarcal.



—Somos mucho más viejos que entonces, señor Clennam—dijo Cristóbal Casby.

—Seguramente no somos más jóvenes—repuso Clennam.

Después de esta juiciosa observación, Arturo echó de ver que no daba con semejante respuesta una muestra recomendable de su talento, y enojóse contra sí mismo.

—¿Creo que su respetable padre dejó este mundo?—añadió Casby;—no dude usted, señor Clennam, que la noticia me causó mucho pesar, muchísimo.

Arturo contestó, como era natural, dándole las gracias.

—Hubo un tiempo—continuó el patriarca,—en que los padres de usted y yo vivíamos en muy buena armonía; después hubo entre nuestras dos familias una pequeña diferencia, tal vez porque su madre de usted estaba demasiado orgullosa de su hijo. Y cuando digo su hijo, refiérome á usted, mi apreciable caballero, á usted mismo.

Al pronunciar estas palabras, el señor Casby parecía afectar un aire de profunda sabiduría y de virtud incomparable, al paso que sus facciones expresaban la bondad y la benevolencia.

—Pero aquel tiempo—prosiguió Casby,—ya pasó. Ahora tengo el gusto de visitar á su señora madre de vez en cuando, y admiro siempre el valor y la entereza con que sufre tan rudas pruebas... verdaderamente rudas pruebas.

Cuando el señor Casby se complacía en una de estas repeticiones, acompañábala con una benévola sonrisa, inclinando la cabeza de lado, cual si hubiera en el fondo de sus tiernos pensamientos algo que las palabras no pudieran expresar.

—He sabido—dijo Arturo, cogiendo la ocasión al vuelo,—que en una de sus visitas ha tenido usted la amabilidad de recomendar á mi madre la niña Dórrit.

—¿La niña... Dórrit?... ¡Ah! sí, la costurera de que me habló uno de mis humildes inquilinos. Sí, sí, Dórrit, eso es. ¡Ah! sí, sí. ¿La llama usted niña Dórrit?

Clennam comprendió al punto que no debía esperarse ningún informe por esta parte. El atajo que acababa de tomar conducía sólo á un callejón sin salida.

—Mi hija Flora, como sin duda le habrán dicho ya—repuso el patriarca,—se casó hace algunos años, pero tuvo la desgracia de quedar viuda á los pocos meses de su enlace; de modo que ha vuelto á vivir conmigo. Se alegrará mucho de ver á usted, si me permite anunciarle su visita.

—Ciertamente—contestó Clennam,—y hasta le hubiera ro-

gado que lo hiciese, á no haberse anticipado usted á mis deseos.

Casby se levantó, y con lento paso dirigióse hacia la puerta: vestía un largo levitón de paño, color verde botella y pantalones de lo mismo.

Apenas habían salido del salón, cuando una mano rápida hizo girar una llave en la cerradura de la puerta de entrada, abrió y volvió á cerrar: un hombre de escasa estatura, moreno y vivaracho, precipitóse en el salón con tal ímpetu, que casi tocó á Clennam antes de poder detenerse.

—¡Hola!—gritó.

Clennam pensó que no había motivo para no contestar con la misma exclamación, y la repitió como un eco.

—¿Qué hay?—preguntó el hombre moreno.

—Nada, que yo sepa—repuso Clennam.

—¿Dónde está el señor Casby?—dijo el hombre pequeño, mirando á su alrededor.

—Si pregunta usted por él, no tardará un instante.

—¿Yo preguntar por él?—contestó el hombrecillo;—nada de eso. Supongo que usted le necesita.

Estas últimas palabras indujeron á Clennam á dar una ligera explicación, que el desconocido escuchó atentamente, mirando á su interlocutor. Aquel hombrecillo vestía de negro, tenía ojos muy vivos de este color, como el cabello; sus manos, muy sucias, y sus uñas ennegrecidas podían inducir á creer que el desconocido acababa de salir de una carbonera; sudaba mucho y respiraba ruidosamente.

—¡Oh!—dijo cuando Arturo hubo terminado;—muy bien, muy bien. Si el señor Casby pregunta por Pancks ¿tendrá usted la bondad de indicarle que ya estoy de vuelta?

Así diciendo, el hombrecillo se retiró, saliendo por otra puerta.

Ahora bien, debemos hacer presente aquí, que antes de abandonar Clennam su país, habían llegado á sus oídos, no recordaba cómo, algunos rumores nada favorables al patriarca. Según ellos, asegurábase que Cristóbal Casby disfrazaba bajo falsas apariencias lo que verdaderamente era, llegando algunos hasta calificarle de astuto impostor capaz de dar entrada en su venerable cabeza á los más ruines y perversos cálculos. Otros le consideraban sólo como un torpe egoísta, sin iniciativa de ninguna especie, que para hacerse respetar había tomado el partido de hablar lo menos posible. Decíase también que si lord Decimus Tito Barnacle le había elegido



para agente de negocios, no era porque reuniese las cualidades necesarias para ello, sino porque tenía un aire tan bonachón, que á nadie se le hubiera ocurrido que semejante hombre fuese capaz de acosar á un deudor.

Recordando todos estos rumores, y asociándolos con el incidente de la intempestiva entrada de Pancks en el salón y su extraña conducta, Arturo Clennam se convenció hasta cierto punto de que no carecía de fundamento lo que se contaba del último de los patriarcas, á quien tal vez se debiera considerar como un hombre peligroso.

La vuelta del señor Casby, acompañado de su hija Flora, puso término á sus reflexiones. Apenas la mirada de Arturo Clennam se hubo fijado en el objeto de su primer amor, desvaneciéndose hasta su última ilusión, si alguna conservaba.

Los más de los hombres son bastante fieles á sí mismos para respetar un primer amor; si éste no tiene suficiente fuerza para luchar contra la realidad, y si recibe un golpe de muerte por el contraste del presente con el pasado, no se atribuya jamás á una falta de constancia, sino á todo lo contrario. Esto es lo que sucedió con Clennam.

Flora era mujer de aventajada estatura, pero había engordado mucho, y parecía á punto de reventar por un exceso de grasa; además, Clennam la había dejado blanca como una azucena y encontrábala roja como una amapola. Por otra parte, su conversación, antes amena y agradable, debía parecerle ahora insulsa y sin atractivo de ninguna especie.

—A la verdad—dijo Flora con estudiada sonrisa, y haciendo un ligero mohín, ridículo en comparación de los que en otra época seducían al joven Arturo,—casi no me atrevo á presentarme al señor Clennam, porque estoy horrible, y seguramente me encontrará atrozmente cambiada; estoy hecha una vieja, y es muy doloroso presentarse en tal estado.

Arturo afirmó que se conservaba perfectamente, y que por otra parte el tiempo no le había respetado á él tampoco.

—¡Oh!—repuso Flora,—en un hombre es muy diferente, y usted tiene demasiado buen aspecto para poder quejarse... ¡Oh! yo estoy tan fea que hasta debo causar miedo.

El patriarca, no sabiendo acaso bien lo que debería decir en aquella ocasión, limitóse á sonreír.

—Si hemos de hablar de las personas que no cambian—añadió Flora,—citemos como ejemplo á papá, que se conserva exactamente lo mismo que el día que usted marchó. ¿No es muy triste que sea así una censura viviente contra su propia

hija? Por poco que siga de este modo, la gente creará algún día que soy la madre de mi papá.

—Aún ha de transcurrir mucho tiempo para eso.

—¡Ah! señor Clennam, ya veo que no se le han olvidado á usted los cumplidos de aquella época en que aparentaba estar perdidamente enamorado... ¡Oh! no es esto lo que yo quería decir... ¡Vamos! ¡ya no sé lo que me digo!

Flora aparentó turbarse, pero dirigió á Clennam una mirada tan expresiva, como las de otro tiempo.

El patriarca, que al fin echaba de ver que lo más prudente sería abandonar la escena, dirigióse á la puertecilla por donde Pancks había salido y desapareció.

—No ha de pensar usted en marcharse aún—continuó Flora, al observar que Arturo miraba á su alrededor, como si buscara el sombrero;—no es posible que piense en dejarme ya, Arturo, ó mejor dicho, señor Clennam, pues sin querer me remonto á una época pasada, que tal vez sería mejor no recordar, porque quizás tenga usted algún compromiso, que yo no quisiera contrariar por nada en el mundo... Pero ¡vamos! ¡ya vuelvo á embrollarme!

Flora hizo una pausa, y añadió con singular volubilidad:

—Sin contar con que tal vez se haya casado usted con alguna dama china, puesto que ha estado tanto tiempo en aquel país; no dudo que su mano habrá sido aceptada con la mayor complacencia, y sólo espero que no se haya unido usted con una de esas herejes que adoran las pagodas...

—No me he casado, Flora—repuso Arturo, sonriendo á pesar suyo.

—¡Santo cielo! no quiero creer que se haya usted conservado célibe por causa mía; no me convencería usted...; pero no me conteste, pues no sé lo que me digo. ¡Oh! doblemos la hoja, se lo ruego. Hábleme usted de las mujeres chinas; dígame si es verdad que tienen los ojos en forma de almendra, como los pintan en sus retratos; quiero saber si llevan largas trenzas colgantes sobre la espalda, y si los hombres se peinan de igual modo. ¿Cómo se componen para no hacerse daño cuando se estiran el cabello á fin de que la frente quede del todo despejada? ¿Por qué los chinos adornan con campanillas sus puentes, sus pagodas y sus sombreros?

Flora dirigió á Clennam una mirada homicida, y continuó, como si hubiese contestado detenidamente á sus preguntas.

—¿Con que todo eso es verdad? ¡Santo cielo, Arturo!... quiero decir señor Clennam... siempre vuelvo al pasado. ¿Y



cómo ha podido usted vivir tanto tiempo en semejante país, con tantos farolillos y paraguas? Me parece que el clima debe ser muy húmedo. Pues ¿y los zapatitos y los pies deformes desde la infancia? Todo esto debe ser muy curioso. Cuando pienso que usted ha recorrido todo aquel país, le tengo envidia.

Flora clavó otra mirada peligrosa en Clennam, que no sabía qué hacer.

—¡Santo cielo!—continuó Flora,—cuando pienso en los cambios ocurridos, no sé avenirme, Arturo. ¿Quién hubiera dicho que yo llegaría á ser la señora Finching? Nunca pude esperarlo.

—¿Se llama usted así ahora?—preguntó Arturo, que en medio de tanta charla, sólo fijó su atención en las últimas frases.

—Sí, Finching; ¿no es verdad que tengo un apellido bien feo? Pero, como decía mi difunto, no era culpa suya. ¡Ah! mi pobre esposo era un hombre excelente.

Flora debió detenerse al fin un instante para tomar aliento; pero muy en breve continuó sobre un nuevo tema.

—Seguramente, nadie podrá censurarle á usted, Arturo... digo, señor Clennam... por la frialdad amistosa que me manifiesta, pues las circunstancias han cambiado de tal modo, que hasta no se debía esperar otra cosa; al menos yo así lo creo; usted lo sabrá mejor que yo, pero no puedo olvidar que hubo un tiempo en que todo era muy diferente.

—Mi apreciable señora Finching...—comenzó á decir Arturo.

—¡Oh! no me dé usted ese nombre tan feo—dijo la dama,—llámeme usted Flora.

—¡Pues bien! sea, Flora; iba á decirle que me complacía mucho verla y reconocer que, así como yo, no ha olvidado usted los antiguos ensueños á que nos entregábamos locamente en el ardimiento de nuestra juventud y de nuestras ilusiones.

—A juzgar por la tranquilidad con que lo toma usted—repuso Flora con cierto aire burlón,—nadie diría que es así; bien conozco que habrá perdido usted sus ilusiones al verme, y tal vez sean causa de ello las damas chinas, si no lo soy yo misma.

—¡No, no!—se apresuró á decir Clennam,—¡no lo crea usted!

—¡Oh! preciso es confesarlo—repuso Flora con tono convencido;—sería una necedad en mí no reconocerlo; sé muy

bien que usted no esperaba verme tan cambiada, y sobre este particular no me hago ilusiones.

En medio de su incesante charla, por lo menos debía hacerse á Flora la justicia de confesar que había comprendido con la perspicacia de una mujer más inteligente, la verdad del hecho que enunciaba.

—Una palabra más—prosiguió Flora, dando á la conversación un giro que, con gran inquietud de Clennam, le comunicaba el carácter de una querrela amorosa;—cuando su mamá vino á ver á mi papá para promover una ruidosa escena, y se me mandó bajar al comedor, donde estaban sentados uno junto á otro, gritando como dos furiosos, ¿qué quería usted que yo hiciese?

—Mi apreciable señora Finching—replicó Clennam,—todo esto es ya tan antiguo, y hace tanto tiempo que terminó, que no veo á qué viene...

—Porque no puedo tolerar—interrumpió Flora,—que se me denuncie á toda la sociedad china como mujer sin corazón, que no trató de rehabilitarse cuando se le presentaba oportunidad de hacerlo. No diré que hubiera usted podido escribirme, estando yo tan vigilada; pero si en vez de devolverme sin ninguna explicación el *Pablo y Virginia* que le dí, hubiese puesto en la cubierta un poco de oblea encarnada, habría adivinado al punto que esto significaba «Ven á Pekín, ó á Nankín, ó á cualquier otra ciudad,» y hubiera ido á toda costa.

—Señora, seguramente no merece usted ninguna reprehensión, ni se la he dirigido nunca. En aquella época éramos demasiado jóvenes, y teníamos tan poca libertad, que no podíamos menos de aceptar la separación impuesta. ¡Piense usted cuántos años han transcurrido desde entonces!

—Permítame añadir—dijo Flora,—que conocimos al difunto Finching en casa de un amigo; poco á poco comenzó á visitarnos con asiduidad; y al fin me hizo la corte, y después su declaración, con el consentimiento de papá. ¿Qué podía hacer yo?

—Nada más que lo que hizo—contestó Clennam con sincera franqueza.—Permítame á un antiguo amigo asegurarle que no merece la menor censura.

—Muy bien; ahora una palabra más y concluyo. Mi estimado señor Clennam, ha dejado usted de llevar una cadena dorada, es libre, y le deseo toda clase de felicidades... Ya